

Llegaron a Cordura

Viernes 26 oct. / 21:00 h.

Sala Máxima Espacio ◀
V Centenario de la UGR
(Antigua Facultad de Medicina)

Entrada libre hasta completar aforo

Bloque: Estrellas de la Pantalla

Sección: Actrices inmortales del Hollywood clásico

Ciclo: Rita Hayworth, mucho más que 'Gilda' (en el centenario de su nacimiento)

LLEGARON A CORDURA

(1959) EEUU 118 min.

Título Orig.- They came to Cordura. **Director.-** Robert Rossen.
Argumento.- La novela homónima (1958) de Glendon Swarthout.
Guión.- Robert Rossen y Ivan Moffat. **Fotografía.-** Burnett Guffey (2.35:1 Cinemascope – Eastmancolor). **Montaje.-** William A. Lyon.
Música.- Elie Siegmeister. **Productor.-** William Goetz. **Producción.-** Baroda Productions – Columbia Pictures. **Intérpretes.-** Gary Cooper (*mayor Thomas Thorn*), Rita Hayworth (*Adelaide Geary*), Van Heflin (*sargento John Chawk*), Tab Hunter (*teniente William Fowler*), Richard Conte (*capitán Milo Trubee*), Michael Callan (*soldado Hetherington*), Dick York (*soldado Renziehausen*), Robert Keith (*coronel Rogers*), Edward Platt (*coronel DeRose*), Carlos Romero (*Arreaga*), Sam Buffington y Arthur Hanson (*corresponsales de prensa*).

Versión original en inglés subtitulada en español

Película nº 8 de la filmografía de Robert Rossen
(de 10 como director)

Película nº 55 de la filmografía de Rita Hayworth
(de 65 como actriz)



Momentos antes de llegar a esa Cordura que empezábamos a imaginar como una Itaca mental, la patria chica del honor nunca recuperado, el *mayor Thomas Thorn* (un enfermo, grandioso Gary Cooper) arrastra una carretilla por las vías del ferrocarril mientras los presuntos merecedores de una Medalla al Valor le escupen, le tiran piedras, quieren que muera. Es fácil encontrarle una interpretación bíblica a esa secuencia de **LLEGARON A CORDURA** -los apóstoles renegados, *María Magdalena*/Rita Hayworth, el martirio de *Jesucristo* en la cruz-, interpretación que el propio Rossen detectó en la novela de Glendon Swarthout en que se basa este trágico western de arte y ensayo, pero es aún más fácil encontrar en ella el perfil autobiográfico de un artista que volvía a América tras seis años de exilio involuntario, y que recesitaba sobrevivir a un acto de cobardía, explicarse hasta qué punto la ética de un hombre puede quedar intacta después de traicionar a sus semejantes. Toda la filmografía de Rossen a partir de **The Brave Bulls** (1951) busca una respuesta a esa angustia, especialmente en sus tres últimas películas -**LLEGARON A CORDURA**, **El buscavidas** (*The hustler*, 1961) y **Lilith** (*Lilith*, 1964)-: el héroe que ha cometido un error imperdonable, que ha envilecido sus principios morales para protegerse del Sistema o para obtener el éxito, quiere perdonarse a sí mismo sacando a la luz la miseria del mundo (...)

En la secuencia más emotiva de **LLEGARON A CORDURA**, el *mayor Thorn* le confiesa su secreto a *Adelaide Geary* (Rita Hayworth). En el transcurso de un ataque de los hombres de Pancho Villa, se escondió en una zanja debajo de las vías del ferrocarril. No actuó como un militar, no fue un hombre de honor. *"Hay un momento en la vida en que dejas de ser varias cosas y te conviertes en una sola. Cuando salí de esa zanja, yo me convertí en un cobarde (...). Me convertí en dos hombres: uno no podía soportar vivir en la piel del otro"*. Rossen pensaba que **LLEGARON A CORDURA** era demasiado explicativa, pero lo cierto es que, probablemente, le resultaba insostenible verse tan reflejado en el espíritu de un héroe que ha perdido la cabeza en su obsesión por hacer un estudio antropológico de la cobardía para exorcizar los demonios que le atormentan. La voz de la razón femenina, tan cara al Rossen previo a **Lilith**, le recuerda a *Thorn* que los hombres a quienes quiere condecorar han estado a punto de violarla y tienen intención de matarlo. Un acto de valentía no los transforma en hombres valientes del mismo modo que un acto de cobardía no los transformaría en cobardes. La obstinación de *Thorn* es una forma de iluminación: *"Son seres humanos, pero son más que eso, tienen algo en ellos que es un milagro y un misterio"*. (...) Si Rossen hubiera conseguido convencer a su productor William Goetz para que el *mayor Thorn* muriera antes de llegar a Cordura -la muerte que también había deseado para *Charlie Davis* de **Cuerpo y alma** (*Body and soul*, 1947)-, el pesimismo de su visión del mundo habría encontrado su máxima expresión. (...)

Con **LLEGARON A CORDURA**, rodada en el ocaso del Hollywood clásico, Robert Rossen sirve una película con elementos de varios géneros que no acaba de encajar perfectamente en ninguno de ellos. Ambientada en 1916 en México, cerca de la frontera con Estados Unidos, por época y localización se sitúa justo en los bordes de los límites históricos y geográficos que determinan el western; protagonizada por un grupo de soldados de la caballería que tienen que contrarrestar la incursión de los hombres de Pancho Villa en Estados Unidos, no hallamos suficientes escenas de combate para considerarla un film bélico, como mucho pertenecería a esa modalidad más interesada en la retaguardia de las guerras; aunque recuerda uno de los hechos históricos menos tratados por el cine norteamericano, el acontecimiento es una mera excusa para arrancar la película, por lo que la etiqueta de cine histórico tampoco sería correcta; y a pesar de que sigue el itinerario de un grupo de personas que tienen que solventar toda una serie de adversidades para conseguir llegar a su destino, evita cualquier épica propia del cine de aventuras que no sea la épica interior. Esta inadaptación a las plantillas clásicas de los géneros ha condenado a **LLEGARON A CORDURA** a no aparecer en la mayoría de libros que recopilan títulos pertenecientes al western, cine bélico o de aventuras, por muy exhaustivos que estos sean. Pero es

también esta indefinición la que subraya el tono crepuscular de su antihéroe, el *mayor Thorn*, un cobarde que busca en otros soldados el heroísmo que él no pudo demostrar. Al principio del film, le vemos aparecer en el fondo del plano, y vagar un poco por detrás de la escena, despojado o desposeído del tratamiento jerárquico que Hollywood dispensaba a sus estrellas y héroes. El plano de escorzo de un personaje mirando la llegada de otro es muy característico de Rossen, pues sitúa esas líneas de reconocimiento entre seres heridos que conforman las placas subterráneas del film. (...) Aunque encontramos una vez más un espíritu de denuncia de la manipulación del Sistema (la concesión de las medallas de honor es una estrategia para contar con héroes que vender ante la inminente entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial), en **LLEGARON A CORDURA** es mucho más interesante todo el proceso interior de *Thorn* para expiar su acto de cobardía a través del viaje con su grupo de supuestos héroes de vuelta a Estados Unidos. Como tantas otras películas que en los años cincuenta ofrecían una revisión de las triunfantes acciones del Ejército norteamericano, el film se replantea a lo largo de todo el metraje el concepto de heroísmo a partir de un estudio psicológico de personajes. (...) Podría verse como un anticipo del cine americano de los sesenta o, casi, como la primera película de la década que estaba a punto de arrancar. Lo cierto es que **LLEGARON A CORDURA** no es la primera película en proponer un itinerario mexicano en el mundo del western, en especial en el territorio histórico de la Revolución Mexicana. Al fin y al cabo hacia esos nuevos espacios y tiempos ya remitían tanto **Veracruz** (*Veracruz*, Robert Aldrich, 1954) como **Bandido** (*Bandido*, Richard Fleischer, 1956), por mucho que la primera estuviese ambientada en la revolución de 1866. La revolución de 1916 -cincuenta años más tarde- es la de Pancho Villa, la que retrata Fleischer y también el Robert Rossen de **LLEGARON A CORDURA**. La cronología delata que estamos bien adentrados en el siglo XX; la geografía nos sitúa en el norte de México. El *"Go West, Young Man!"* parece haberse reconvertido en una invitación a trasladarse y conquistar el Sur. Espacios y épocas que nos posicionan en la frontera: dos países, dos siglos, un género, el western, que es forzado hasta unos límites que empiezan a hacerlo irreconocible, y quizá también un modo de entender el cine clásico que en esos años apunta ya hacia su crepúsculo, hacia un esforzado lifting que no puede ocultar las heridas del tiempo. Aún hay más: Rossen retorna con esta película a Hollywood después de su exilio europeo, un exilio que era también una huida de la "caza de brujas" y de su pasado como delator. Si Europa bien podría haber contaminado su mirada con otro tipo de narrativas de índole más psicológica, el estigma de la delación se presenta como una apenas disimulada metáfora en **LLEGARON A CORDURA**. Son demasiadas heridas que estaban muy lejos aún de poder cicatrizar, heridas que asoman por las propias costuras de una película que sufrió innumerables problemas de producción debido a las desavenencias entre director y productor, William Goetz.

Un rótulo inicial sitúa en 1916, en la frontera entre México y Estados Unidos, una historia protagonizada por un hombre, *"un oficial del Ejército de Estados Unidos, [que] fue forzado a enfrentarse con dos de las grandes cuestiones fundamentales que afectan a la Humanidad: ¿Qué es el valor? ¿Qué es la cobardía? Esta es la historia de su búsqueda de una respuesta"*. Una historia por lo tanto de proporciones filosóficas, antes que una aventura de carácter físico, un reto que pretende congeñar dos opuestos. Si el cine clásico se definiría por su esencia narrativa, de la que podrían emanar sin embargo todo tipo de interpretaciones, **LLEGARON A CORDURA** propone como premisa una reflexión sobre la naturaleza del hombre a la que luego es preciso buscar una equivalencia narrativa, un itinerario físico que ilustre con imágenes una serie de cuestiones que parecerían más adecuada, para un tratado de filosofía... al menos si estas se querían exponer y desarrollar con un mínimo de profundidad (...) Es esta ambición un tanto quijotesca lo que hace tan atractiva e insólita esta película (...) Es llamativa y un tanto improbable la misión encomendada al personaje que interpreta Gary Cooper, el *comandante Thorn* ("Espina"), un oficial dedicado a la concesión de medallas que, todo lo más,



ha de seguir a lo lejos los actos de los soldados para destacar sus momentos de heroísmo, un Homero que ha de relatar la épica de una nación en construcción: a él le corresponde imprimir la leyenda. Un privilegio, pero también una penitencia por el estigma de la cobardía del que se había hecho acreedor durante un ataque de las tropas de Pancho Villa y, hasta cierto punto, una insensatez y una extraordinaria paradoja: ¿cómo es capaz de identificar la valentía alguien que ha destacado por su cobardía? Salvo que se trate de una mera estrategia para mantenerlo alejado de la primera línea de fuego... Desde la perspectiva del propio *Thorn*, su misión, la encuesta que le lleva a interrogar a los candidatos a la Medalla del Congreso, se sustenta sobre un deseo personal: comprender el sentido de su propia acción, las razones de su cobardía, o de su presunta cobardía. Podemos adelantar que la conclusión de *Thorn* es que la cobardía y el heroísmo son las dos caras de una misma moneda, dos comportamientos irracionales que en ningún modo sirven para definir a ningún ser humano.

El reverso de *Thorn* son esos cinco soldados a los que ha seleccionado para que lo acompañen hasta Cordura, para alejarlos de la irracionalidad, de la guerra, de las situaciones límite e incontrolables. Y allí, en ese camino, se mostrarán tal y como son, como unos seres despreciables, asesinos y violadores que, si en algún momento han demostrado eso que suele definirse como "heroísmo" o "valor", en ningún caso responden al prototipo del héroe. Muy al contrario, ninguno de ellos, quizá con la excepción de *Hetherington* (Michael Callan), sería merecedor de ese calificativo si no fuese por la miopía de *Thorn*. Rossen ridiculiza al resto de los candidatos, ya sea por culpa de una herida en una oreja, un forúnculo o una correa mordisqueada. (...) La redención de *Thorn* llegará por la vía del esfuerzo físico, por la constancia, por su sentido del deber y, en definitiva, por su voluntad de resistencia, es decir, de no caer derrotado, no rendirse, imponiéndose al miedo ante lo desconocido que atenaza a sus compañeros de viaje. Es la demostración de su superioridad moral, la que se evidencia en la escena final en las vías del tren. *Thorn* se impone moral y físicamente. Su máxima parece ser aquella que acuñará Fassbinder: "ya dormiré cuando esté muerto". Y es en este punto donde la figura

de *Adelaide* tiene también su oportunidad de redención. Su personaje guarda muchos paralelismos con el de *Thorn*. Ella también soporta varios estigmas. El primero, el de la traición a su país, que, como ella misma se encargará de explicar, resulta por completo infundado. En realidad, *Adelaide* es como *Thorn*, un personaje muy pragmático y escasamente idealista: si ella ha entregado su rancho a los rebeldes mexicanos sin oponer resistencia ("¿para qué?"), él les entregará los caballos porque sabe que ahí radican todas sus posibilidades de supervivencia. Pero *Adelaide* soporta un segundo estigma, este mucho más doloroso y que tiene que ver con un pasado marcado por el adulterio y la pérdida de sus hijos. Como en el caso de *Thorn*, importan menos sus actos que la interpretación que de ellos ha hecho la sociedad. La consecuencia inmediata para *Thorn* es su retirada a un discreto segundo plano; para *Adelaide* ha sido mucho más drástica: el exilio y el alcoholismo. Su presencia dentro del grupo destapa desde el primer momento la verdadera naturaleza de los "héroes" que la acompañan. Los cigarrillos que fuma continuamente se convierten en una metáfora sexual que sus compañeros entienden como una provocación: "¿Sabe cuánto tiempo hace que no fumamos?". De ahí se pasará al intento de violación, etapa previa del sacrificio. En una secuencia de amor, de las más emotivas y hermosas que se puedan recordar, -y que anticipa el final de *Siete mujeres* (*Seven Women*, John Ford, 1966)-, *Adelaide* socorre a *Thorn* entregándose a *Chawk* (excelente Van Heflin). Éste ha amenazado a *Thorn* con matarle en cuanto le venza el cansancio y se duerma. Es así como *Adelaide*, consciente de la atracción que ejerce sobre *Chawk*, le asegura a *Thorn*: "Yo te dejaré dormir". Conversan con un contenido y callado sentimiento amoroso del uno hacia el otro y deja entonces solo al comandante y se dirige hacia *Chawk*. Fundido en negro. Al amanecer vemos cómo *Adelaide* vuelve junto a *Thorn* después de pasar la noche con *Chawk*. Una secuencia de un lirismo a la altura de los mejores logros de Rossen, demostrando que se encontraba en la madurez de su creatividad.

LLEGARON A CORDURA es una película sobre unos personajes anacrónicos, sobre una época en la que la moral humana ya no se puede representar desde una óptica maniquea. Estamos en 1916 y asistimos a la autoproclamada "última carga de la caballería", justo cuando en Europa se están librando las batallas de la Primera Guerra Mundial, sin caballos ni pistolas, con aviones y cañones. Estamos en 1959 y Robert Rossen entiende que los paisajes del western y del cine de Hollywood están cambiando. Lo que ahora son sólo balbuceos e intuiciones germinarán plenamente con las dos películas que realizará a la vuelta de la década y que **LLEGARON A CORDURA**, de algún modo, anticipa.

Texto (extractos):

José Antonio Jiménez de las Heras, revista "Dirigido por", febrero 2006
Sergi Sánchez, Gonzalo de Lucas, Eulalia Iglesias y Jaime Pena, en AA.VV., **Robert Rossen, su obra y su tiempo**, E.P.E. Donostia Kultura, San Sebastián, 2009